

nico, en el cual no sólo se preparan los muchachos que nutrirán la Universidad, sino que se aborda por primera vez en la Argentina este otro problema que nosotros nos hemos planteado y no resuelto: el problema del internado. Para ello ha construído un edificio que se inauguró estando yo allí; y en vez de apartarlo de la Universidad, está amorosamente atendido por profesores universitarios, que no se desdennan en ir a tratar con muchachos de edad no universitaria, y que se preocupan de los problemas de higiene física y espiritual que la juventud y la adolescencia plantean, y de cuya resolución dependerá la salud de aquellas almas el día de mañana, y su provecho en el orden de la vida nacional.

Decidme si una Universidad que hace todas estas cosas, y que tiene además implantada la extensión universitaria, no es una Universidad de tipo moderno que ya quisiéramos nosotros para los días de fiesta.

La Universidad de la Plata muestra también su carácter moderno en esta otra nota: en su sentido internacional; pues siguiendo el ejemplo de las Universidades norteamericanas, ha creído que no podía ni debía encerrarse en los límites de la vida nacional, con ser ésta tan extensa, y ha procurado la colaboración directa de profesores de otros países, no en conferencias sueltas que dejan escasa huella, sino en cursos prolongados

durante varios meses. Así, ha llamado a profesores italianos, norteamericanos y españoles, y se ha abierto completamente, sin recelo, no pensando en que aquello traiga perturbaciones a su espíritu ni empequeñezca su obra, porque solo temen ser absorbidos aquellos que carecen de fe bastante en las fuerzas de su propia espiritualidad. Ha abierto, pues, sus aulas a todo el mundo; ha hecho que su juventud se diese cuenta de otros factores y otras orientaciones espirituales distintos, a los que no les han pedido más que aquello que se debe pedir lógicamente a todo profesor: que en su cátedra no hagan más que ciencia, que no hagan propaganda de ningún género, puesto que desde que la hicieran dejarían de cumplir la augusta misión que tiene el profesorado y que reposa en un exquisito respeto a la originalidad y a la independencia del espíritu de los que están puestos bajo su custodia, a quienes deben, por tanto, comunicar lo cierto como cierto y lo dudoso como dudoso, absteniéndose de ejercer ninguna presión dogmática ni de imponer ninguna dirección científica que no esté perfectamente comprobada.

En tercer lugar, la Universidad de la Plata tiene otra nota, para mí quizás de más importancia que ninguna de las que ya os he dicho — y dejo a un lado el valor que significa el disponer de veintitantos edificios universita-

rios, con un Museo de Historia Natural que en ciertos ramos es el primero del mundo, porque posee ejemplares únicos, y un Observatorio astronómico dotado de todos los aparatos necesarios, etc. — Esa nota a que aludía y que yo coloco en primer lugar, es la de que sabe que no lo ha hecho todo, que tiene conciencia de sus imperfecciones. Sus fundadores saben, lo saben bien — y esto tiene más valor que cien realidades —, cual es el camino que les queda por andar; y en vez de mostrar las cosas que hacen como insuperables y definitivas, las enseñan considerándolas sencillamente como pasos dados en un camino largo y espinoso, y aspiran todos los días a rectificarse a sí mismos, a perfeccionarse, convencidos de que un organismo se mantiene vigoroso mientras se nutre de nuevas fuerzas y se remoja en continua variación y mudanza; pero cuando permanece en reposo, es porque ha cristalizado y tiene agotada ya su finalidad.

Quisiera hablaros todavía hoy de otra porción de cosas; pero la hora es sumamente avanzada, y no tengo derecho a abusar de vosotros ni puedo prolongar esta conferencia más de lo que me proponía al principiarla. Si vosotros queréis que continuemos ésta que yo considero como una simple conversación (ya véis que he huído del tono de discurso, en primer lugar, porque no sé hacerlos, y en segundo, porque para contar

lo que uno ha visto o llamar la atención hacia ciertos problemas no hay necesidad de hacer párrafos o de pegar puñetazos en la mesa), en ese mismo tono la continuaremos otro día. Entonces os hablaré de otras Universidades hispano-americanas y de tres puntos de que quería hablaros en este día, y sólo iniciaré ahora ligeramente. Uno es el de la Oficina de decoración escolar que he visto en Buenos Aires, una de las fundaciones de cultura más interesante de aquel país. La preocupación de que la escuela sea alegre, de que la escuela sea un encanto para los muchachos, de que el niño encuentre allí a cada paso la educación de su vista y de su gusto estético por la reproducción de las grandes obras de arte, ha producido la formación, de una manera sistemática, de material estético para las escuelas, acompañada de una gran difusión de otro elemento que es, a mi juicio, altamente educativo: las flores. No he visto, en efecto, una escuela argentina donde no hubiera flores, y rara vez las he encontrado en una escuela de niñas de España.

Otro asunto también pensado para hoy era el de la orientación de espíritu de la juventud universitaria hispano-americana. No quiero desflorarle. Tiene tanta importancia para nosotros el saber cómo piensan aquellos estudiantes (allí, como en todas partes, hay, por supuesto, malos estudiantes;

pero eso no nos importa, lo que nos importa es la corriente general), que merece capítulo aparte.

V, por último, quería hablaros también esta tarde — e igualmente lo dejo para otro día — de la difusión en todas las Repúblicas hispano-americanas de ese movimiento de extensión universitaria que significa una orientación social de los establecimientos de enseñanza superior y de las gentes que viven en ellos, empezando por los alumnos mismos.

De esto, y de algunos de los hombres que, a mi entender, merecen ser conocidos en España, y cuya obra no ha llegado a nosotros todavía (y entre ellos, singularmente, a los que, por una razón muy natural, yo tengo que dirigir principalmente mis miradas ahora, o sea a los maestros y a los que se preocupan de la obra de la educación), hablaré otro día. Entre esos hombres incluiré al profesor de Pedagogía y de Moral de la Universidad de Montevideo, Carlos Vaz Ferreira alguno de cuyos libros conoce alguien en España, pero la totalidad de cuya obra es desconocida aquí o no está difundida en el público. Bien vale la pena de que vosotros y yo le dediquemos una tarde, porque Vaz Ferreira, es la representación más alta, a mi entender, de la pedagogía del buen sentido y del rigor lógico y el sentimiento humano a la vez; de la pedagogía iluminada

por una alta cultura general, la cual, por ser ante todo una obra de *arte*, necesita tener muy despierto el sentido que, según cuentan, decía Sagasta ser el complemento de nuestro espíritu: el sentido de «hacerse cargo».

## SEGUNDA CONFERENCIA

SEÑORAS Y SEÑORES:

El día anterior, al entrar ya en la parte substancial de estas conferencias, es decir, en la exposición de ejemplos (tomados unas veces de instituciones, otras veces de personas de posición y relieve) para explicar cuál es la característica de la intelectualidad y, en general, de la cultura hispano-americana, no tuve tiempo de trazar con detalle más que las líneas referentes a la organización y el sentido de una de las Universidades de la Argentina: la Universidad de la Plata.

Rocordaréis que la Universidad de la Plata la caracterizábamos con estas notas fundamentales: es una Universidad de tipo moderno, es decir, no es una Universidad que repita el tipo clásico perpetuado en las Universidades históricas de Alemania, de Francia, de Inglaterra (aunque en Inglaterra son ya

notables las derivaciones hacia el sentido moderno), sino una Universidad de las que están en Europa representadas por la nueva Universidad de Londres, por el Politécnico de Zurich o por las Universidades comerciales e industriales de Alemania, que, no obstante llamarse así, incorporan a la formación que llamamos "técnica" en España la cultura general universitaria de sus alumnos, pensando que esa cultura es absolutamente necesaria para que el comerciante sea un buen comerciante y el industrial un buen industrial.

Decíamos también, que la Universidad de la Plata no es sólo "nueva" por su programa, sino a la vez por su sentido internacional y por lo que podríamos llamar la conciencia de su misma vida orgánica, de las condiciones que necesita para ser un organismo que prospere y viva, en vez de ser una cosa rígida, y por rígida, muerta, hecha de una pieza desde el primer momento y que ya no puede cambiar, porque se considera como el prototipo de las cosas perfectas obtenidas desde el primer instante.

Como demostración de que en el programa era una Universidad moderna, os mencionaba la lista de sus Facultades y de lo que se llaman allí Secciones, pero que no tienen ninguna diferencia interna con una Facultad. La Universidad de la Plata tiene Facultad de Ciencias naturales, con un museo admirable, único en algunas piezas en el mundo entero;

Facultad de Ciencias matemáticas, físicas y astronómicas, en la que, uniendo lo que solemos llamar (en el juego de palabras que constantemente nos lleva al error, pero que seguimos usando para podernos entender) lo teórico a lo práctico, no sólo se dan los que diríamos estudios de Ciencias, sino que se forman ingenieros en aquellas especialidades que responden al cuadro de asignaturas de una Facultad de Ciencias físico-matemáticas y astronómicas; por ejemplo, ingenieros electricistas. Es decir, que esto, que se halla en España y en algunas naciones europeas, apartado de las Universidades, fuera de ellas como si no fuesen estudios propiamente universitarios, en la Plata se ha unido con muy buen acuerdo al cuadro de lo que se llama enseñanza superior. Tiene también la Facultad de Ciencias jurídicas y sociales, que se dirige principalmente a la formación de estos tres grupos de personas: de abogados, de sociólogos, y de lo que diríamos hombres de Estado, la carrera de Administración y de Política propiamente dicha. Posee además una Sección pedagógica, que es como una Facultad de Pedagogía, con su laboratorio de Paidología, con un buen laboratorio de Psicología experimental y una serie de enseñanzas que tienden a dar a los alumnos y a las alumnas el conocimiento del factor espiritual y físico del niño, como uno de tantos elementos que concurren a la obra de la educación o

por lo menos, que deben tenerse en cuenta para guiarla de una manera racional. Tiene también la Plata una Sección derivada, Facultad de Ciencias jurídicas y sociales, que lentamente se va constituyendo como Facultad plena, que será de Filosofía, Historia y Letras, y que responde a nuestra antigua Facultad de Filosofía y Letras. La Facultad de Agronomía y Veterinaria está perfectamente instalada, con una granja experimental de primer orden, donde los alumnos viven en pleno campo y hacen todos aquellos menesteres necesarios para poder después dirigir las labores, visitando desde un principio la blusa obrera, y no desdendiendo recoger la hierba y ejecutar manualmente lo que el día de mañana habrán de ordenar en las grandes y extensas granjas que dirijan. Decía igualmente en mi conferencia anterior que la Universidad de la Plata muestra en su programa la nota moderna con la anexión a ella de un grupo de estudios secundarios, que es, de una parte, instituto de preparación del personal con el que ha de trabajar la Universidad el día de mañana; de otra, como una expresión exterior de la atención que hacia el problema educativo (que es *uno* absolutamente en todos los grados) pone aquel que se ha considerado durante mucho tiempo como el grado superior, el privilegiado, que puede mirar por encima del hombre a todos los demás. Estos estudios secundarios para los dos sexos, con determinación

especial hacia la cultura de la mujer, posee un internado, primer ensayo fundamental de este género que se hace en la República Argentina en unión con una obra universitaria. Y por último, tiene la Plata la institución de la Extensión universitaria, establecida de una manera normal y corriente, en dos formas: como un movimiento del profesorado, y como un movimiento de los alumnos de la misma Universidad, los cuales trabajan independientemente de aquélla: pero con su ayuda, con su protección y con su tutela.

La segunda nota que fija ese carácter de la Universidad a la moderna, dije que era el sentido internacional de sus enseñanzas. Allí se ha entendido que la obra científica y, en general, la de cultura, no es una obra estrecha de nacionalidad, sino una obra que salta por encima de las fronteras que dividen a los pueblos, y que, dejando a cada uno todo el valor de su propia individualidad, tiende a producir un resultado común que esparza beneficios iguales para todos los hombres y que procure deshacer muchos de los celos y prejuicios que nos separan en aquella acción común civilizadora a que todos tenemos obligación de concurrir.

Y, por fin, decía que quizás donde se nota más que la Universidad de la Plata es una Universidad de hoy y de mañana, que es una Universidad tal como la han soñado tantos hombres durante muchísimo tiempo, es

en el alto, en el profundo, en el modesto sentido que tiene de sus vacíos e imperfecciones. Ella no ha pensado ni por un momento que al fundarse se establecía ya con un molde para toda la vida, sino que ha querido ser como un organismo que va creciendo de dentro a afuera, y que cuando ha encontrado condiciones en los medios o en el personal para crear un servicio nuevo dentro de ella, lo ha creado, y mientras no ha reunido esas condiciones, se ha abstenido prudentemente de figurar en el papel lo que no podía tener realidad. Así se va enriqueciendo con nuevos grupos de estudios, con nuevas Facultades, y camina sólidamente, con la vista fija en el cuadro de lo que falta por hacer, mirando mucho más a los vacíos de su obra actual que a sus éxitos, porque cree que de este modo podrá avanzar con paso más seguro y rápido que si se detuviera ante la vanidad de lo hecho, por muy excelente que fuera. Y en esto acierta plenamente, pues cuando creemos haber realizado a la perfección una obra, nos inclinamos a mantenerla perpetuamente en aquella manera que ha satisfecho al principio.

Como hablé el otro día (y ahora he recordado brevemente) de la Universidad de la Plata, hablaré en otras conferencias de otras Universidades de diferentes naciones, dentro de las cuales cada una de aquéllas tiene su

nota especial, que muchas veces es imposible apreciar a través de los libros. No basta, efectivamente, para juzgar de un establecimiento de enseñanza en general (como tampoco basta para juzgar de nada de lo que hacen los hombres), la lectura de estatutos, reglamentos, memorias o discursos. Es preciso ver a los hombres trabajando, y observar todas esas pequeñas cosas (aparentemente pequeñas), todas esas insignificancias de la vida en que a veces se refleja mucho mejor que en lo que llamamos grande (probablemente en esto de lo pequeño y de lo grande hay siempre un punto de vista muy relativo y personal), lo que constituye la enjundia y el jugo real de una idea puesta en práctica. Pero por el carácter que yo deseo dar a estas conferencias, no quiero sujetarme a un plan en virtud del que ahora, por ejemplo, puesto que he comenzado tratando de una Universidad, hubiese de seguir hablando de todas las Universidades hispano-americanas, o, a lo menos, de aquellas Universidades que pueden considerarse como tipos para que los españoles se formen una idea de lo que es la intelectualidad en las diferentes naciones hispano-americanas. Quiero, por el contrario, mantener, en esto que llamamos conferencias, pero que en rigor, como ya habéis visto el día último, son conversaciones, el juego libre, no de mi capricho ni de mi fantasía, pero sí del recuerdo y de la relación espontánea entre las

ideas, que en un momento dado traigan a mi memoria una imagen con vivacidad bastante para dar calor a la frase. De instituciones hablaré unas veces, y de hombres otras. Y claro es que si yo hubiese de seguir aquel sistema rígido a que me referí, no podría hablar de la República Argentina sin hablar de otras instituciones, de otros centros universitarios y de muchos hombres, ya de los que podemos estimar como cimas dentro de la intelectualidad argentina, ya de otros que no llegan a esta categoría, pero que considero tan interesantes en su esfera como los primeros. Hay, efectivamente, en esto de la apreciación de la obra personal en el mundo, un error a que nos inclinamos con mucha frecuencia todos, y es el de creer que no tienen importancia más que las obras de aquellas personalidades que se han señalado por encima de todas las demás, y que siguen brillando a través de los siglos como un modelo, como una aspiración apetecida por todos los que trabajan en el orden intelectual; y digo que éste es un error, porque, en primer lugar, el número de los hombres que llegan a esta categoría es muy escaso, y porque si no juzgamos en cada momento de la historia más que por la existencia de uno de estos hombres, verbigracia, de un Goethe o un Kant, en Alemania, encontraríamos muchos períodos en que las naciones no los producen iguales, y po-

dríamos incurrir en una equivocación y en una injusticia al deducir que el pueblo a que nos referíamos se encontraba por solo este hecho en una depresión, en una curva hacia abajo. Y en segundo lugar, porque la fructificación de la obra de estos que llamamos genios o cimas de inteligencia sería imposible si no viniera una legión de oscuros y modestos trabajadores que no siempre se limitan a repetir, y cada uno de los cuales representa una interpretación personal (y original, por tanto) del pensamiento que lanzaron por primera vez al mundo aquellos genios, así como la realización, en las diferentes direcciones de la vida práctica, de toda la substancia que llevan dentro de sí aquellos pensamientos: realización imposible, incluso por ley física de energía, a un solo hombre. Por esto cuando se quiera trazar el cuadro de la intelectualidad de un país, no debe uno limitarse a contar los genios o los hombres excepcionales, porque muchas veces no se les encuentra, y otras veces son muy pocos; y en todo caso sería injusto borrar, ante el brillo de esos gigantes, el trabajo, la colaboración, la obra de todos los demás.

Creo precisamente que nosotros los españoles estamos a dos dedos de caer en este error que combato, con relación a nosotros mismos, y de dar a ese error una aplicación y una gravedad suma en el problema de nuestras relaciones con América; y como la

cosa es congruente, quiero hacer la observación con aquella lealtad y sinceridad que aspiro a poner en todos mis actos, y que me parecen mucho más exigidas en problemas como éste de carácter nacional. El error consiste aquí en creer que si nosotros hemos de colaborar en la vida intelectual americana (y ya vimos el día anterior que es absolutamente necesario que colaboremos, so pena de un suicidio, que sería algo más que eso, porque no sólo nos mataría, sino que heriría de muerte aquello que es superior a nosotros mismos, el sentido de la civilización de nuestra raza), que si hemos de contribuir, digo, a la vida intelectual hispano-americana, no podemos ni debemos aportar a esa obra más que la espuma escogida de nuestra ciencia y nuestro arte, la media docena de nombres que podemos poner al nivel de las grandes intelectualidades del Extranjero; y como el número es reducido, más reducido entre nosotros que en otros países, porque no tenemos bastante base abajo para hacer posible el despertar de muchas inteligencias que si tuviesen un medio ambiente apropiado a esta función florecerían, se nos acabará pronto el personal, y, por tanto, nuestra colaboración en América terminaría en breve. Esto es un error que cualquiera que haya ido a América ha podido comprobar perfectamente, porque en la obra de

la enseñanza y, en general, en la de la cultura americana, han colaborado y colaboran muchísimos extranjeros, y la inmensa mayoría de ellos, habiendo hecho obra fundamental, obra de una cuantía extraordinaria en las distintas Repúblicas hispano-americanas, no son, sin embargo, ni hace falta que sean, hombres que puedan colocarse, por ejemplo, en el campo de las ciencias químicas al lado de Pasteur, o en el campo de las ciencias filosóficas al lado de Hegel, ni siquiera al lado de Cousin. No; han sido modestos trabajadores, bien orientados, con un fondo grande de cultura, con un amor extraordinario a su misión, que han llevado allí lo que ellos representaban de asimilación y de florecimiento de la cultura de su país, y lo han reflejado en aquéllos; y no por esto ha sido menos fructífera, menos valiosa la obra.

Ahora bien; es indudable que nosotros tenemos, como toda nación civilizada, muchos de esos modestos trabajadores, muchos de esos hombres que no brillan en primera fila, y que quizás no brillarán nunca en ella pero que, sin embargo, pueden realizar trabajos de un valor grande y pueden colocarse perfectamente en el mismo nivel que aquellos extranjeros que la han realizado hasta ahora, sin necesidad de llamarse con esos nombres gloriosos a que me he referido antes o cualquiera otro análogo. Es necesario, por tanto, que nosotros reaccionemos y volvamos a fiar